

EL GAMBITO DE PAYA

Por

Jorge A. Sanguinety

Algunos “líderes” del exilio aspiran a proyectar su liderazgo en el postcastrismo, a ser figuras prominentes en un nuevo gobierno o en los partidos políticos que se vayan formando. No hay nada ilegítimo en tales aspiraciones ni éticamente inaceptable. El problema surge cuando adoptan conductas que intentan impedir lo que perciben como competencia de otros líderes potenciales. Por eso no toleran que surjan figuras prominentes en Cuba que les tomen la delantera. Temen que al igual que Walesa y Havel, los que se arriesguen en su país puedan ser los que más crédito ganen ante los cubanos de la isla. Entonces la táctica de estos “líderes” es desprestigiar a los que despunten como verdaderos líderes en el futuro de Cuba bajo el pretexto de que no están de acuerdo con lo que proponen, en parte o en su totalidad. En este esfuerzo, donde llegan al extremo de acusar de traidores a cualquiera que haga algo que ellos no aprueban (gran arrogancia y soberbia, a pesar de que muchos se consideran cristianos) o que ni siquiera se les ha ocurrido, contribuyen a prolongar el poder de Fidel Castro y comienzan desde temprano a crear obstáculos para una transición hacia una democracia.

Estemos o no de acuerdo con el Plan Varela, debe reconocerse que lo que ha hecho Payá es plantearle a Castro un gambito que nadie ha logrado formular en 45 años. Esto le crea al tirano una disyuntiva donde pierde en cada caso. Si acepta el gambito, abre una Caja de Pandora con repercusiones imprevisibles para su poder absoluto; si no lo acepta, Castro luce como intransigente e inflexible frente a los ojos de un mundo que evitaba por todos los medios ofenderlo hasta que apareció el Plan Varela. El hecho de que Payá logra movilizar las firmas de miles de cubanos es un acto sin precedente en la historia del castrismo. La friolera de cuarenta y cinco años han transcurrido sin que hayamos visto una, tan sólo una manifestación masiva y organizada contraria a los caprichos del dictador. Hasta el Plan Varela, el mundo se cuestionaba, como otros muchos cubanos exilados, por qué los cubanos no se manifestaban de una manera más contundente y masiva si la revolución era tan terrible como lo afirmaban sus enemigos. Según esta línea de pensamiento, si no se manifiestan en contra del régimen en números mayores que los representados por los heroicos pero aislados disidentes, debe ser porque la mayoría lo acepta de alguna manera. Sin embargo, estas percepciones han ido cambiando en contra de la tiranía y a favor de la oposición. Incluso hay razones para pensar que la reacción internacional de protesta contra el encarcelamiento de los disidentes cobró más fuerza en presencia de la actitud de Castro frente a la iniciativa de Payá y sus seguidores en Cuba. El hecho es que la imagen de Castro como dictador benevolente ha desaparecido en muchas mentes, especialmente en países donde hasta el otro día contaba si no con admiradores, con gran indiferencia.

Todo esto es lo que ha ido sucediendo como resultado de la renuencia de Castro en aceptar el gambito de Payá. Por primera vez, Estados Unidos no representa la única fuente de oposición a Castro, que es lo que posiblemente Payá quiere decir con la desamericanización del problema cubano. Al criticar a Payá de la manera que algunos lo hacen, le restan apoyo a los miles de cubanos que han firmado con gran riesgo personal el Plan Varela haciendo uso del mísero espacio político que posiblemente por omisión ha dejado el marco legal de la tiranía. Además, llena de dudas a otros muchos cubanos que apoyarían a Payá si no lo acusaran de confabulado con Castro. Estas calumnias, que son más dignas del tirano que de los defensores de la democracia, favorecen al régimen en la medida que le restan fuerza moral y filas a la oposición.

¿Por qué no le damos el beneficio de la duda a Payá y pensamos que lo que está haciendo es aprovechándose de una grieta en el sistema para tratar de cambiarlo sin ir de inmediato a la cárcel? ¿Qué perdemos con hacerlo? ¿Acaso no nos damos cuenta que en una lucha abierta pero desigual contra Castro desde dentro de la isla, los que luchan no pueden revelar todas sus cartas? Recordemos las palabras de Benjamin Franklyn cuando refiriéndose a la Constitución Americana sobre la que había tantos disidentes antes de ser ratificada dijo: “Acepto esta constitución porque no espero una mejor ni estoy seguro que no sea la mejor. Las opiniones que yo haya tenido de sus errores las sacrifico por el bien público”. Todo país, Cuba incluida, necesita personas de la estatura de Franklyn. No importa que el país esté lleno de pigmeos que no puedan ver más que los zapatos de los gigantes; cuando hay gigantes, ellos acaban prevaleciendo aunque sean pocos. El futuro de Cuba depende de la estatura de los cubanos y estas lides sirven para medirnos.

Miami, 5 de diciembre de 2003